

Lucio V. Mansilla. *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, Serie Viajeros, edición y prólogo de Sandra Contreras, 466 páginas.

I. Conversar

El título de esta selección de textos de Mansilla preparada por Sandra Contreras proviene de una expresión de Paul Groussac y no es la única que remitirá a Lucio V. Mansilla como aquel viajero primero y muy particular en su especie local. Lucio será, ahora dicho por sí mismo, el genio de los buenos viajes, un glotón de la trashumancia. El valor del viaje lo posiciona como un mago del andar, cuya varita es, sin duda, el arte de narrar y hacer de sí un viajero. Un arte de narrar el viaje que atraviesa, como señala Contreras en su estudio preliminar, distintos géneros; un arte que retacea lo previsible —la descripción— y que se subsume en una búsqueda de efecto —contra el aburrimiento o el desinterés; un arte que mide qué, cómo, cuándo y hasta dónde decir lo que se ha vivido, lo que se ha viajado—. El arte de narrar que es contar microrrelatos, pequeñas perlas, mínimos juicios o recomendaciones y sobre todo, conversar, como decía Robert Darnton a propósito de Isaiah Berlin como el último conversador.

De todas las artes perdidas —los vitrales de Chartres, la porcelana de Delft, la tinta de Gutenberg, el sistema renacentista de la memoria, el canto de los castrati, la pronunciación de los antiguos romanos, la poesía de los minnesingers, los manuscritos adornados, las tapicerías de los gobelinos, el verdadero tenis, la vieja cerveza amarga, la épica oral, los ahorcamientos públicos, la caligrafía, la maternidad, el *savoir faire* y el *dolce far niente*— la más lamentada es el arte de la conversación. ¿Dónde está hoy el déspota de los desayunos? ¿Dónde los narradores de anécdotas de sobremesa? ¿Y los leones del salón? ¿Y los filósofos que se pasean por los jardines ordenando el mundo a través de la plática?

Todavía en aquellos años de mitad del siglo XIX y los inicios del XX se podían escuchar las voces de esos perfiles en medio del humo del tabaco y el café en el Club del Progreso o en las tiendas porteñas o bajo el techo tintineante de una calesa o los murmullos que cobija la puerta cancel, escuchar esas conversaciones evocadas en *La gran Aldea*, en los relatos de Wilde, en las novelas de Cambaceres. *El excursionista del planeta* nos da el placer de continuar sorprendiéndonos, una vez más, con las charlas escritas por Lucio V. Mansilla.

Como el más reputado de su generación, vemos al viajero y narrador Mansilla ordenando el mundo a través de la conversación que pone por escrito en sus distintos mini géneros. Y se trata de una conversación en la que el turno escrito es el de Mansilla pero que no pierde de vista ni al interlocutor que precede a esa rúbrica ni al anónimo que dotará de sentido estas palabras suyas a través del periódico. Mansilla no sólo nombra a sus lectores, se dirige a ellos, se muestra él como lector de sí mismo, sino que los intuye —incluso cuando los presenta, caído el tiempo de su favor político, hostiles—. La presencia viva del lector no hace más que actualizar la experiencia del viaje, poner la cosa ante los ojos, como quería Aristóteles, y mostrar la capacidad de Mansilla de literaturizar todo, en especial a él, a la narración, a la literatura, aun cuando el tema “indigeste”: “Las que visitamos ahora son el grupo de las de Gizeh, y la más alta de todas, esa adonde vamos a subir, ustedes acompañándome a mí mentalmente, yo acompañado de mis recuerdos juveniles, es la de Cheops”.

II. Ordenar

La presente publicación posibilita el acceso a unos textos de Mansilla inéditos en formato libro y otros éditos pero que aquí se reeditan con el fin de brindar una mirada renovada del autor de *Una excursión a los indios ranqueles*. Como toda selección estamos, desde luego, ante una política de lectura que también propone un ordenamiento preciso. Un orden en tres tiempos que instaura un rumbo temático pero, muy especialmente, espacial de la escritura de Mansilla. En la primera parte, “Oriente. De Adén a las Termópilas”, se dibuja una experiencia de viaje y un modo de decir marcados por el viajero que cuenta en su juventud y que narra en su recuerdo reminiscente. En la segunda parte, “Paraguay, la expedición del oro”, Sandra Contreras ha compilado textos conocidos con otros y esta *yunta* invita a una lectura diferente del conjunto. El interés por el negocio de la minería, algo que ya había asolado la mente liberal de Rivadavia, cuando intentaba conseguir concesiones para las tan mentadas hoy minas de Famatina, coloca al viajero Mansilla en la dimensión del explorador (aunque diga que no lo es, que no tiene tiempo) y del aventurero y del científico, otro de los mitos de las escrituras contemporáneas. En la última parte, “Europa. Política, mujeres, tecnología” volvemos a sentir otro ritmo, el de la digresión como dinámica del cuento y el acento en los lenguajes que a modo de mosaicos incrustan sus distintos tonos, sus reflexiones metalingüísticas, sus nuevos mundos. Me atrevo a decir que el orden propuesto va del exotismo (externo y local) a las formas en las que se puede dar cuenta de la relación entre nosotros (Mansilla) y la cultura, la ciencia, el progreso, la modernidad. El exotismo es mirar la cabeza toba y sentir hipnosis: “Me hace el efecto del filo de un cuchillo mirando fijamente en la oscuridad”; la cultura, Europa, es un gran libro abierto, es un moverse con comodidad en un cultivado y variadísimo jardín.

III. Distinguir

Sandra Contreras señala como efectos de escritura posromántica, las visiones de los atardeceres, la naturaleza desaforada; hay algo, además, del ámbito de la sintaxis, que propone una cierta capacidad de narrar desde apretadas síntesis. El orden sintáctico presente es el de la postal o el retrato, que lo dice todo a primera vista y a primera vista todo lo esconde; al volver a leer vamos descubriendo otras cosas, como en los *haikus*. Una de las formas de esa sintaxis es la cita que resume ideas, imágenes, impresiones. Los poetas románticos, los que muchos años antes había utilizado Echeverría para sus epígrafes aquí aparecen, con su *Cautiva* y *Los consuelos*: Byron, Espronceda, William Cowper, etcétera. También se encuentra la apelación a grandes relatos como *La divina comedia*, el *Éxodo* o Shakespeare. A veces se cita como cierre, como conclusión; en otras ocasiones la cita se alza totalizadora, como los extensos pasajes del *Éxodo*, revividos por el panorama que los convoca y por la tradición que los avala. Porque Mansilla, desplazado, dislocado, siempre en falsa escuadra de la política, hace de su desplazamiento una premeditada opción que nunca pierde el *comme il faut* de su clase, como lo prueba ese recurrente paseo mental por el Antiguo Testamento o la áspera tensión por cubrirse/descubrirse la cabeza que se da en San Pedro o en la Catedral de Londres entre él y un amigo protestante. Las citas románticas y literarias se irán combinando con las de otros textos que justificarán las incursiones mineras del autor, sus empresas y con el paso de una frase a otra lengua; en cada caso, la cita está presente para provocar una inflexión en la escritura, un remate, una ruptura, un punto de fuga.

La otra forma de ese ordenamiento sintáctico es el fraseo que dice de una *plumada*, como cuando reinventa el ritmo del diario habiendo transcurrido años:

Es tarde de la noche.
No ha ocurrido nada notable.
Hemos recorrido un terreno más pedregoso.
Hienas y chacales sedientos y famélicos han seguido largo rato nuestras huellas
aullando y ladrando siniestramente.
Estamos en la cuarta estación.
Van a mudar caballos, y como nos detendremos una hora, si sale la luna podremos
visitar al solitario de los solitarios.

Y una más: la escansión que provocan las frases cortas (“Yo prosigo”... “caminemos...”, “Ya subiremos...”, “Ayudadme”), las reiteraciones (¡Esa cabeza toba!), las variaciones (“Yo he seguido a una mujer...”, “Seguir a una mujer en Venecia”).

Estos mínimos aspectos, entre tantísimos otros, distinguen la escritura de Mansilla, como se distingue este narrador de otros y, del mismo modo, la distinción es una recurrencia, una búsqueda y un logro. Los modos de la escritura que apelan a la distinción se conjugan en una subjetividad viajera que ya ha viajado, que lo ha hecho más temprano que el resto y que nos hace saber que no es un *tourist* ni se conduce por las guías turísticas (aunque, por momentos, se erija en una de ellas, autorizada, o recomiende alguna). La otra Mansilla, Eduarda, en sus *Recuerdos* observaba con desdén cómo sus compañeros de viaje se acicalaban ante la inminencia del desembarco mientras que ella, por el contrario, conservaba los vestidos percutidos por el largo viaje y permanecía fuera de toda elegancia hasta llegar al hotel, sabedora de que ese desembarco significaría sugestivos trastornos para su apariencia, sabedora también de que un cambio de vestimenta implicaría dar un conocimiento no deseado, de novata, al otro. Así, Lucio, se distingue en sus formas de experimentar el viaje y en sus maneras de contarlo (especialmente, dice Contreras, en el gesto de no escribir unos tradicionales recuerdos de viaje).

IV. Narrar

En algún momento de su estudio preliminar la crítica relaciona la imagen de Mansilla con la del excéntrico Phileas Fogg, una asociación muy clara de la pose del narrador argentino frente a lo que ve. Me interesó esa acertada correspondencia precisamente por el rango de actualidad de la escritura de Mansilla, no sólo en el sentido de que nos sigue hablando a los lectores de hoy, sino que su modo de narrar suena en armonía con London o con el mismísimo Conrad. Es una escritura en sintonía con el mundo del momento, mucho más actual que la del propio Saint Beuve de cuyo modelo salen las *causeries* de Mansilla; hoy por hoy cualquier lector sentiría un fuerte tufillo *demodé*, el sonido anacrónico de los modos de hacer crítica del francés. No ocurre lo mismo con Mansilla: su escritura (que fue) actual y contemporánea es, por lo mismo, una narración que no ha envejecido.

Walter Benjamin indicaba la experiencia del narrar en aquel que venía de lejos (el marino mercante) y aquel otro, que daba cuenta de la tradición sin salirse de su casa, de su territorio (el campesino sedentario). Me permito decir que esta indispensable selección que el ojo penetrante de Sandra Contreras ha podido construir a partir de una investigación de muy ricos resultados —como lo atestigua su capítulo de la *Historia crítica de la literatura argentina* destinado a Mansilla— aúna en una voz ese doble arte de narrar, puesto que Mansilla, atravesando los cielos, los mares y las tierras, vuelve con su mente, con su lengua, con sus tradiciones, a conversar, siempre, con la patria.

Rosalía Baltar